



Pedro Antonio de Alarcón

El pañuelo **(Cuadro de batista)**

- I -

Hay en Europa una nación que para todo sirve; que de todo habla; que todo lo hace... o todo lo imita, y que en realidad de verdad no siente nada.

Presume, sin embargo, de muy sensible, como lo demuestran los hechos siguientes:

Ella ha inventado la familia... universal, y la guillotina; el can-cán y la Diosa Razón; las naturalezas d'élite y el comunismo.

¡Ella inició el sacrílego comercio, que ya ha trascendido hasta nosotros, de las mortajitas para niños, y vende dolor hecho en las avenidas del Cementerio del Père Lachaise! ¡Allí encontraréis epitafios de padres a hijos y de esposas a esposos, a cinco francos el lamento! Cuando perdáis un pedazo de vuestro corazón, ya no tendréis que llorarlo, sino que iréis a aquellos almacenes de sensibilidad y diréis al mercader de lágrimas: «Déme usted una corona de ¡Madre mía!, o una lápida de ¡Murió d los quince años!»

Esa misma nación envenenó la Europa con su ateísmo, y cree hoy que Mr. Hume tiene los malos dentro del cuerpo; incendió la sociedad con sus teorías republicanas, y luego rindió culto al sable de un dictador; plagó la literatura de amores platónicos, de seres ideales, de mártires de la pasión, y arrancaba al propio tiempo las plumas de las alas de Cupido y las vendía por mazos en los escritorios para dotar con su importe a las sacerdotisas de Venus.

Es decir: que ese pueblo, fingiendo todo género de entusiasmos, a fuer de consumado actor que ha sido siempre, especula a la vez con la verdad y con el error, con el bien y con el mal, con la fe y con la duda, con todos los sentimientos humanos... Pero, como no hay farsante ni hipócrita que no se venda y descubra a lo mejor, el peligroso pueblo de que se trata entregó al mundo la clave de su falsía, el secreto de su escepticismo, la patente de su carencia de alma y de sensibilidad, aplicando al pañuelo de la mano o del bolsillo el denigrante apodo de mouchoir.

¡Mouchoir! ¡moquero!-Así se llamaba el que nuestra madre nos colgaba de la cintura en los albores de nuestra vida: así pudo llamarse también el pañuelo de los salvajes en la infancia de la sociedad... Pero darle semejante nombre, hoy que su menos importante uso es el que nos sirve de pretexto para llevarlo a todas partes; recordarle su pecado original, hoy que esos mismos franceses no admiten más aristocracias que la del talento, la de la virtud y la del que ha tenido el talento y la virtud de matar muchos hombres; llamar, en fin, mouchoir al pañuelo, cuando todos los idiomas se afanan de consuno en dar denominaciones figuradas y biensonantes a otras cosas que se emplean en peores usos, es notoria injusticia, es atroz atentado, es horrible arbitrariedad que rechaza la hidalguía española, y que de obligación toca combatir a los descendientes del nunca bien ponderado desfacedor de agravios D. Quijote de la Mancha.

No me propongo otra cosa en el presente artículo, por más que conozca mi pequeñez para tamaña empresa. Dame, empero, confianza el pensar que están de mi parte la razón y la justicia, así como el deber... y hasta quizá la gratitud. -¿Quién os dice, señores, que no estoy subvencionado por algún rico mercader de la calle de Postas para escribir en favor de la ropa blanca? Ni ¿quién sabe si como aquellos condenados a muerte que carecen de papel, trazo estas líneas, con sangre de mis venas, sobre los hilos de un pañuelo adorado?

Sea de ello lo que fuere, allá va la defensa del mal llamado mouchoir.

* * *

Son las siete de la más detestable mañana del más riguroso invierno.

Una carretela de Lázaro, es decir, una enorme carretela de alquiler, sale por la puerta de Alcalá.

¿Adónde puede ir a tal hora?... La temperatura no está para fiestas... ¿Qué significa este madrugón?

Cuatro hombres ocupan la carretela.

Uno de ellos está en capilla: va a un desafío.

Los otros son los padrinos y el médico.

Todo ha sido previsto por la amistad..., hasta la muerte del desafiado, el cual lleva en un bolsillo del paletot la consabida declaración de suicidio.

Pero alguien ha previsto más. Este alguien es una mujer.

Al llegar a las afueras de Madrid, el sentenciado, que va pálido y grave (no porque le teme a la muerte, sino porque recuerda la vida; no porque va a encontrar al que lo aborrece, sino porque acaba de dejar a la que le ama), saca un pañuelo, un elegantísimo pañuelo ligeramente perfumado, y...

-Toma... le dice a uno de sus padrinos.

-Entendido...- interrumpe éste a media voz, adivinando toda una historia de amores, muy propia de aquella vida de veinte años.

Y figúrase ver a la amada doliente y valerosa de quien acabará de separarse su amigo y que habrá sido causa de que tarde algunos minutos en acudir a la cita: oye el último adiós confundido con el último beso: ve la solemne tranquilidad de aquella despedida, en que la palabra honor habrá contenido los ruegos y el llanto en el fondo de dos almas: cree escuchar, en fin, estas supremas frases, con que la heroica mujer acompañaba el regalo de su pañuelo: - - «Toma... para la primera cura...»

¡Ah! ¿Principiáis ya a comprender toda la importancia del pañuelo?
¿Creéis todavía que es justo llamarle mouchoir?

¡Ese mouchoir, ese moquero, será en el desafío una mujer en persona, una mujer a quien ni su sexo ni su posición permiten restañar en el campo de batalla la sangre de su amado, ni tampoco verlo durante toda la curación! ¡Ese pañuelo será ella, algo de ella que impedirá que el alma se escape por la herida; que hará, en fin, lo que ella quisiera hacer con sus manos, con su labios con sus cabellos!

Y si desgraciadamente muere el amante, aquel pañuelo será..., no ya ella, sino él, ¡él, su sangre, su cuerpo, su vida, su muerte, toda una ignorada historia de amores, el secreto de una mujer, el epílogo de un drama, el testamento de una pasión, -que dormirá primero bajo su almohada; luego irá con ella al teatro; después asistirá a los bailes, oculto entre biondas y flores en un hueco del corsé; en seguida ocupará una cajita de

palo de rosa; y, por último, pasará a manos de otro hombre, que lo mandará lavar..., como prueba de que Artemisa ha olvidado a Mauseolo!!!

* * *

Mudemos la decoración; que no siempre el teatro representa un cementerio.

Demos que sois Sultán de Constantinopla.

¿Quién a los quince años no ha deseado serlo? -A los veinticinco ya es diferente.

Cien odaliscas os rodean... Arrojáis vuestro pañuelo..., y lo recoge una hija de la Georgia.

¡Cátala favorita, luego madre, por último, sultana!

Pero arde la guerra; cogen prisionero a un anciano; el anciano insulta al Gran Turco; el Gran Turco lo condena a la horca; no se halla cuerda a mano, y lo ahorcan con un pañuelo... ¡con el mismo pañuelo que convirtió a la odalisca en Sultana!

Así las cosas (¡qué horror!), se descubre que el prisionero ahorcado era padre de esta gran señora...

¡Franceses! ¡Ved ahí un mouchoir que ha estrangulado al suegro de un Emperador otomano, después de haber dado margen al nacimiento de un príncipe imperial!

* * *

Y basta ya de infieles: volvamos a tierra de cristianos.

¿Cuál será el hombre insensible que, por más que se haya prendado de la filosofía escéptica, leyendo, v. gr., María o la hija de un jornalero, por Ayguals de Izco; si entra en un templo católico (¿a qué diré yo?...) a tomar el fresco, y se encuentra con que es día de la Asunción y con que ha principiado la solemne Misa conventual, no se detenga una media hora.... siquiera sea por el mero placer de oír la música de la capilla?

Y, una vez atento al sagrado rito, aunque nuestro filarmónico volteriano sepa también de memoria las Ruinas de Palmira por Volney, ¿quién os dice que, al ver al anciano sacerdote cubierto de oro y pedrería, arrodillado al pie de la Cruz abatiendo la encanecida frente o alzando con mano trémula el Pan de la Comunión, brindis de alianza entre la eternidad y la vida, entre los cielos y la tierra, no sentirá despertarse en su corazón algo que le hable de la brevedad de la existencia, de la grandeza del universo, de la injusticia de los hombres, del porvenir de nuestra alma inmortal, de las creencias de su infancia, de la existencia de un Dios? ¿Cuál será, cuál puede ser el corazón de piedra que no tiemble, cuando tiemblan simultáneamente la piedra de aquellas bóvedas, aquel

pueblo arrodillado que se golpea el pecho, aquellos millares de luces, aquel aire poblado de las religiosas armonías del órgano y del repique triunfal de las campanillas de oro, aquellas nubes de incienso, aquellas voces que cantan, y aquellas lenguas de bronce que, desde la erguida torre del templo, levantan una oración tan poderosa que detiene las nubes en su carrera?

En verdad os digo que nuestro racionalista sacará el pañuelo, como primer síntoma de contricción, y pondrá sobre él la rodilla, diciendo con el profeta: Cor mundum crea in me, Deus...

Pero es lo malo que hoy casi nadie sabe latín.

* * *

Pues bien; aunque no sepáis latín: supongamos que sois ladrón y libertino; que un grito de vuestra víctima puede perderos, llevaros al cadalso o a la vicaría; que necesitáis en fin, una mordaza...

Sacad el pañuelo, y... punto concluido.

* * *

-Ven a las seis...- os dice vuestra novia, echándoos la última mirada; aquella mirada con que las andaluzas resumen una larga conversación; aquella mirada que afirma todo lo negado durante dos o tres horas, mirada pícaro y tierna, diabólica y angelical, llena de pudor y de abandono; mirada, en fin, que dura todo el tiempo que tarda la niña en cerrar la reja, cosa que hace muy lentamente, dejando a veces una rendijita, y arrepintiéndose luego, y abriendo otro poco para haceros un mohín que parece un beso en capullo... -Ven a las seis...-os dice esa encantadora criatura, que no tiene más penas, ni más cuidados, ni más pensamientos, ni otra ciencia, ni otro oficio que el amor...; el amor, para el cual se viste y se peina; el amor, por el cual se alegra de ser bonita; el amor, en provecho del cual piensa alguna vez en eso que llaman bienes de fortuna; el amor, que la lleva a paseo y la tiene de pie toda la tarde, a ella, tan débil y delicada que se libraría de quintas por endeble, si fuera hombre; el amor, que la conduce al teatro, a ella, que ninguna afición tiene a la literatura ni a la moral, y muchísimo menos a la música italiana; el amor, que la hace madrugar y trasnochar a ella, tan dormilona, tan perezosa, tan sibarita...; el amor, en fin, para el cual nació, por el que morirá, en el que vive siempre, y cuyo sacerdocio ejerce sobre la tierra. -Ven a las seis...- os dice la infortunada; y vos, señor mío, temiendo que se os olvide acudir a la cita (pues tenéis muchas, porque sois un calavera), os veis obligado a sacar el pañuelo y echarle un nudo, síntesis de la mnemotecnia española.

Al otro día vais a sonaros, y encontráis el nudo...

-¡Diablo! -decís.- ¿De qué tengo yo que acordarme hoy?

Y no dais en ello, y la niña se desespera...

Pero de pronto reparáis en que el pañuelo huele a la esencia que ayer puso en él la cuitada, o en que ella os lo regaló.

Es el caso que recordáis la cita...

Pero no la hora...

Y la niña espera entre tanto..., y tanto espera, que de todas suertes llegáis a tiempo...

¡Ah.... jóvenes! ¡Con pañuelo y todo, no merecéis los ratos que hacéis pasar!

En cambio, los pasáis bien tristes.

* * *

Y, a propósito: ¿Habéis llorado alguna vez a solas? ¿Os habéis perdido en ese desierto de doce pies cuadrados, muy más aflictivo que las arenas del Zabara y llamado, a pesar de todo, alcoba de una Casa de huéspedes? ¿Habéis luchado a brazo partido con la sociedad, con las necesidades de la vida, con una ambición sin objeto, con un amor sin esperanza y con la dueña del establecimiento? ¿Os habéis convencido, al cabo de muchos días de prueba, de que el patrón es enemigo de su huésped, de que el pupilero está en abierta lid con su pupilo? ¿Sabéis lo que es esa guerra sin cuartel, en que vuestro antagonista ruega a Dios que enferméis a fin de que no comáis? ¿Os han llamado alguna vez El de la sala... El del gabinete... El número 182 .¿Habéis estado solo en una casa habitada por cien inquilinos; solo, como el enterrador que se pasea por un cementerio? ¿Os han despedazado, como al tártaro que amarran a cuatro potros salvajes, el deber por un lado, la pasión por otro, la ira y la generosidad arrastrándoos en opuesto sentido? ¿Habéis echado de menos en esas horas de amargura a la mujer que ofendisteis, a los padres que abandonasteis y a los amigos que colmasteis de favores, alejándolos así para siempre de vuestra antesala? ¿Os habéis arrepentido entonces del bien que hicisteis, del mal que dejasteis de hacer, de no haber seguido engañando a la una, de no haber adulado al otro, de haber guardado, en fin, consideraciones a un mundo que tan ingrato os abandona en vuestro dolor?

¿Sabéis, sabéis lo que es llorar a solas?

Mas ¡qué digo a solas! ¡Esa misma soledad sale a vuestro camino, como la Verónica salió al encuentro de Cristo en la calle de la Amargura, y os pone un lienzo en la cara para enjugar las lágrimas que la inundan!

Sí; el pañuelo, sólo el pañuelo, viene entonces a consolaros. Él seca vuestro lloro, él sofoca vuestros gritos; él guarda (como nadie lo guardaría en un caso semejante) el secreto de vuestra miseria y debilidad...

* * *

¡Oh!... ¡Bendito sea el pañuelo!

Cantemos las alabanzas de ese cuadrado de batista, que nunca se separa de nosotros; que nos acompaña a todas partes; que, como Júpiter y Proteo, adopta todas las formas, pero no en provecho suyo, sino en provecho nuestro, dándonos continuas muestras de una caridad verdaderamente sublime.

Él se dobla en forma de cabestrillo, y sostiene vuestro lastimado brazo.

Él se hace tiras para serviros de vendaje.

Él se deshace, completamente para convertirse en hilas.

Él se transforma en tacos cuando vais de caza.

Él se extiende en el suelo para que os sentéis encima.

Con él se presenta al pie del cadalso el mensajero del perdón.

Con él os limpiáis el polvo de las botas.

Él hace el principal papel en el Otelo de Shakspeare.

Él acaba de ingresar en el Ejército, representando el amor de veinticinco mil novias de otros tantos quintos, sin contar los quintos que tendrían más de una novia y de un pañuelo.

* * *

Cuando silban las balas y los hombres caen como espigas sobre el llamado campo del honor; cuando cada detonación que suena deja a una madre sin hijo, a un hijo huérfano, a una esposa viuda o a un hermano sin hermano..., él luce en la punta de una bayoneta en señal de parlamento, y la Naturaleza respira alborozada, como cuando sale el sol después de la tempestad.

Que el pañuelo, aunque sea blanco, tiene las propiedades del arco-iris.

* * *

Pero vamos a otra cosa.

Yo he visto a una niña de diez y siete años pasar horas y horas doblada sobre un bastidor bordando cierto nombre en el pico de cierto pañuelo...

Según me contaron, al otro día partía su amante para la

Universidad... o para otra parte...; que no todo se ha de decir.

¿Qué pensaba la niña cada vez que añadía un rasgo a aquellos adorados caracteres?

¡Cuántas historias, cuántos castillos en el aire fundaría sobre cada letra! ¡Cuántos recaditos, cuántos encargos daría a cada punto! ¡Qué ventura para la niña! ¡Pronunciar de una vez para siempre el nombre del dueño de su alma, esculpirlo, grabarlo, eternizarlo!... -¡Quizá era aquella la primera y última carta de amor que le escribía!

Los amantes de la Arcadia dejaban su nombre escrito en la corteza de los árboles...; pero aquellos alcornos crecían tanto con el tiempo, que la inscripción se borraba... -¡En cambio, un pañuelo dura miles de años!

¡Dichoso mortal aquel que recibiera el bordado por la niña! ¿Qué le importarían ya el olvido ni la inconstancia?... Aquel pañuelo podrá acreditarle eternamente que hubo un día en que fue idolatrado; ¡el día en que la niña levantó semejante monumento a la gloria de un soñado amor!

¡Bienaventuradas las niñas que han amado siquiera una hora, porque ellas han visto el reino de los cielos!

Y, ¡ay tristes de los maridos de esas niñas, si esas niñas llegan a casarse con hombre a quien no hayan bordado ningún pañuelo!

* * *

¡Pues nada os digo de la consolación que nos brinda el mouchoir cuando la ira ruge en nuestro pecho y las lágrimas se niegan a acudir a nuestros ojos!

¡Dulce es, entonces despedazarlo con uñas y dientes, cebar en él toda nuestra furia, maltratarlo sin piedad..., y echarlo de menos al cabo de un momento, cuando el achaque nasal viene a decirnos: ¡Aquí estoy!

¡Y aun entonces veréis que, abofeteado y todo como se halla, presenta la otra mejilla a vuestros ultrajes!

¡No son tan mansos los poseedores de pañuelos! Los maltratamos hoy sin razón; los buscamos mañana para servirnos de ellos, y nos repiten aquel siniestro cantar:

Cuando quise, no quisiste;

Ahora que quieres, no quiero...

* * *

Por lo demás, hay Diputado que no hilaría tres palabras seguidas si no tuviese un pañuelo en la mano; cosa que sucedía también antiguamente a los aficionados que declamaban en los bailes.

* * *

Paso por lo alto la tos, el estornudo y el bostezo, en que tan indispensable es nuestro protagonista, y entro a hablaros de varios pañuelos en particular.

* * *

Sé de quien posee el pañuelo que le echaron encima al tiempo de nacer.

Y de quien conserva otro empapado en el último sudor de una virgen que murió amándolo.

He visto a miles de caballos caminar tranquilos hacia la muerte en las plazas de toros sólo porque llevaban sobre los ojos un pañuelo.

Fiel imagen de los enamorados, que, como todos sabemos, llevan también una venda sobre los ojos...

- Morituri te salutant! -pudieran exclamar unos y otros héroes dirigiéndose al Presidente de la plaza o al Cura de la parroquia.

* * *

Y ahora que hablo de vendas.

¡Dulce es entrar vendado con un pañuelo por dueña quintañona, en tal o cual Torre, aunque no sea de Nesle, donde nos aguarde alguna Margarita de Borgoña, de Fernández, o de Martínez!

¡Dulce es también jugará la gallina ciega con muchachas de quince a veinte!

¡Dulce es a los diez y ocho años teñir un pañuelo con sangre de las encías y creerse traviato, digo, tísico!

¡Dulce es, sobre todo, cuando se encuentra uno solo en el campo, cansado de perseguir mariposas en el mes de julio, a la hora de la siesta, tenderse sobre un haz de espigas y sentir que un pañuelo pasa por vuestra frente y nos enjuga el sudor!

Pues ¿y prestarlo a una señorita a la salida de un baile para que preserve su encantadora cabeza de] húmedo relente de la noche?

¿Y regalarlo lleno de confites el día de San Antonio Abad a una aldeana inocente, de esas que se ponen coloradas sin saber por qué?

¿Y atarlo a una reja?...

* * *

Pero este artículo sería interminable si me detuviera a enumerar todos los méritos y servicios de ese nuestro camarada de glorias y fatigas.

Recordad el cotillón en que una dama os elige por pareja, entregándoos su pañuelo de nipsis.

Recordad el que vela la faz del agarrotado, no bien llenó el verdugo su cometido:

El que cubre los ojos del prisionero que van a fusilar:

El que deja caer al suelo una joven para daros ocasión de decirle ciertas cosas al presentárselo:

El que os saluda desde un balcón a las cinco de la mañana cuando dobláis la esquina de tal o cual calle, llevando todavía en la membrana pituitaria un resto del perfume favorito de la mujer que acabáis de dejar.

El que dobladilló vuestra hermana cuando regresasteis al hogar doméstico:

El que envuelve dos pistolas, una de ellas vacía y la otra cargada:

El que enjuga vuestros labios después que bebisteis agua... o vino:

El que llenáis de violetas en el campo,

El que ata vuestro pie izquierdo al de vuestro enemigo en un duelo a navaja,

Y el que cela vuestra sonrisa burlona...

* * *

Y, finalmente, pensad en una despedida eterna; en una de esas separaciones que mutilan el alma, acaban con unos amores y tuercen en divergente sentido el rumbo antes paralelo de dos existencias; pensad en el reloj que suena como la campana de agonía; en el silencio de los dos condenados que, careciendo de tiempo para decirse todo lo que sienten, no quieren ofender su mutua desesperación diciéndose demasiado poco; pensad en la mirada intensa, profunda, atónita, desconsolada, que dirigís por última vez a la persona querida; en el ronco ¡adiós! que abre un abismo entre vosotros; en el postrer apretón de manos que consagra el pacto de vuestra eterna desdicha.

Ya os habéis separado y aun tendéis los brazos el uno hacia el otro para acortar así la distancia que media entre lo pasado y el porvenir...

Surca las ondas el barco que os arrebató vuestro bien, vuestro tesoro, vuestra delicia...

El adiós hablado se pierde ya en el aire sin llegar a los oídos...

Las oscilaciones de las olas rompen la cadena magnética de las miradas...

¡Ya no distinguís el rostro que habéis contemplado tantas y tantas horas!

Ya confundís el contorno de su adorado cuerpo con los objetos que la rodean...

Ya la creéis perdida... ¡perdida para siempre!...

El corazón se desploma helado en el fondo del pecho, como un cadáver en la sepultura... Prorrumpe al fin la fuente de un inacabable llanto... La soledad os ahoga entre sus brazos de hierro... Vais a morir...

Entonces veis ondear a lo lejos un pañuelo...

¡Es ella! ¡Es ella! ¡Ella otra vez! Es su voz, es su mirada, es su beso, es su corazón, es su alma que os visita de nuevo...

Así vivís otros fugitivos instantes...

Pero cuando el pañuelo blanco se reduzca, se achique, desaparezca completamente en alta mar..., ¡perded toda esperanza! ¡Las puertas del Paraíso se han cerrado detrás de vuestros pasos!

Mas, si tenéis otro pañuelo, él será vuestro paño de lágrimas.

1857

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

